

**Tipo de documento:** Tesis de maestría

*Maestría en Ciencia Política*

# El estatismo en la opinión pública latinoamericana en el ocaso del giro a la Izquierda

**Autoría:** Mizrahi, Darío

**Año de defensa de la tesis:** 2021

## ¿Cómo citar este trabajo?

Mizrahi, D. (2021) "El estatismo en la opinión pública latinoamericana en el ocaso del giro a la Izquierda". [Tesis de maestría. Universidad Torcuato Di Tella]. Repositorio Digital

Universidad Torcuato Di Tella

<https://repositorio.utdt.edu/handle/20.500.13098/11356>

El presente documento se encuentra alojado en el Repositorio Digital de la Universidad Torcuato Di Tella bajo una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir Igual 2.5 Argentina (CC BY-NC-SA 2.5 AR)

Dirección: <https://repositorio.utdt.edu>

**Universidad Torcuato Di Tella**

**Maestría en Ciencia Política**

**Tesis**

**Darío Mizrahi**

## **EL ESTATISMO EN LA OPINIÓN PÚBLICA LATINOAMERICANA EN EL OCASO DEL GIRO A LA IZQUIERDA**

### **Resumen**

Los estudios sobre los determinantes individuales del estatismo en la opinión pública, entendido como el apoyo de las personas a que el Estado tenga un papel preponderante en la regulación de la economía, suelen concentrarse en variables demográficas y sociopolíticas extrapolables a distintos países y momentos históricos. Lo que suele estar ausente es la articulación con procesos políticos concretos, que tienen un impacto decisivo sobre la opinión pública. Eso es lo que se intenta en esta investigación, que aporta evidencias originales del efecto que tuvo el giro a la izquierda en América Latina, en su apogeo y en su ocaso, sobre los niveles de estatismo de los ciudadanos de la región. En concreto, a través de regresiones que se nutren de encuestas realizadas por el Barómetro de las Américas de LAPOP entre 2008 y 2016, se muestra que en los países que tuvieron gobiernos de izquierda en el período, especialmente en aquellos que fueron políticamente más radicalizados y disruptivos, el apoyo al presidente es el principal determinante del estatismo, controlando por una multiplicidad de variables sociales, económicas y políticas. Por otro lado, también se aportan evidencias de que, junto con el declive experimentado por muchos de los gobiernos identificados con el giro a la izquierda, se produjo una disminución del estatismo promedio de los latinoamericanos.

### **Introducción**

Esta investigación parte de dos preguntas: 1) ¿cuáles son los determinantes del estatismo en la opinión pública latinoamericana?; 2) ¿cómo condicionó a este fenómeno el giro a la izquierda –y su posterior ocaso–? Estas inquietudes son pertinentes por sí mismas –y pensadas de manera conjunta– por diversos motivos. En primer lugar, porque hay en la región una vacancia en la literatura sobre opinión pública de estudios que aborden de manera sistemática el estatismo, a la luz del impacto que tienen los gobiernos sobre las percepciones ciudadanas. En segundo lugar, porque si bien los procesos políticos que han

sido incorporados dentro del giro a la izquierda en la primera década de los 2000 tienen profundas diferencias entre sí, poseen como uno de sus principales puntos de contacto la reivindicación del rol del Estado en la economía como un *issue* central, en contraposición con los gobiernos que dominaron la última década del siglo pasado, para quienes el Estado era un problema que se resolvía con más mercado.

En la literatura estadounidense sobre opinión pública, pero también en la latinoamericana, hay muchas investigaciones que buscan dar cuenta de los determinantes individuales del estatismo o del apoyo a una mayor intervención estatal en la esfera económica (Corral, 2009a, 2009b; Durakiewicz, 2018; Jacoby, 1988, 1994, 2000; Lodola y Seligson, 2011; Mora y Araujo, 2011; Naylor, 2018; Seligson, 2008; Sojo, 2011). Pero dos cosas faltan. Por un lado, una indagación completa que muestre cómo evolucionó este fenómeno en toda América Latina entre el apogeo del giro a la izquierda y su debilitamiento. Por otro, un trabajo que articule ambos procesos, viendo más allá de los determinantes meramente individuales, apuntando a poner de relieve el impacto que tuvo sobre la opinión pública la gestión de los gobiernos en torno al rol del Estado en ese período. Eso es lo que se propone esta tesis.

Es cierto que algunos gobiernos del giro a la izquierda, como el chavismo venezolano, propusieron un estatismo radicalizado, mientras que otros, como la Concertación chilena, mantuvieron los pilares del modelo neoliberal. Pero incluso esta última le imprimió al sector público un rol mucho más activo en términos sociales, y resaltó su importancia para moderar las desigualdades generadas por el mercado. En este sentido –siguiendo a Levitsky y Roberts–, si ambas expresiones pueden ser consideradas de izquierda es porque coinciden en tener “como uno de sus objetivos programáticos centrales la reducción de las inequidades sociales y económicas”, lo que supone usar la “autoridad pública” –es decir, el Estado– para redistribuir la riqueza o el ingreso (Levitsky y Roberts, 2011: 5). Es por eso que todos estos gobiernos, especialmente en el plano discursivo, cuestionaron la idea fuerza del paradigma que los precedió, según el cual el Estado debía ser corrido de la escena, y propusieron devolverle un lugar protagónico. De ahí que resulte oportuno preguntarse cómo reaccionó la opinión pública ante el cambio de ciclo que se

abrió en la segunda década de los 2000, con el paulatino deterioro político de las administraciones que protagonizaron el giro, y que se profundizó a partir de 2015, con el ascenso de gobiernos de signo contrario, que empezaron a criticar el “estatismo” de sus antecesores.

Tres hipótesis se ponen a prueba en esta investigación. La primera es que el apoyo o el rechazo a los presidentes de izquierda es el principal determinante del estatismo en la opinión pública latinoamericana –entendido aquí de manera acotada al respaldo a una intervención activa del Estado en la economía–, por encima de factores socioeconómicos como el nivel educativo y la categoría ocupacional, y de otros factores políticos, como la identificación ideológica con la izquierda o la derecha. En concreto, se espera que en los países con presidentes de izquierda las personas que más los apoyan manifiesten posturas más estatistas, y quienes más los rechazan se muestren más anti-estatistas.

Esta hipótesis tiene diversos fundamentos. Si bien una parte de la opinión pública está conformada por individuos con posiciones ideológicas definidas, que no van a cambiar por circunstancias coyunturales como la gestión de un gobierno, muchos estudios han aportado evidencias de que una porción importante de las personas tiene posiciones políticas más lábiles, que pueden variar en función de factores de corto plazo (Harbers et al., 2013). En este sentido, se acuerda con Torcal y Mainwaring (2003) en destacar el rol decisivo que tiene la agencia política en la construcción de identidades, lo cual sirve para entender que las diferencias ideológicas que dividen a una sociedad no están cristalizadas, sino que se activan políticamente y, por ende, mutan.

Los gobiernos del giro a la izquierda interpellaron fuertemente a la población e instalaron en la agenda el debate sobre el rol del Estado. De esa premisa se deriva el supuesto de que quienes se identificaron con ellos tendieron a abrazar ideas estatistas, y que quienes se ubicaron en las antípodas tendieron a repudiarlas. De aquí es posible extraer las otras dos hipótesis. La segunda es que el impacto del apoyo a los presidentes de izquierda sobre el estatismo no fue homogéneo, sino que fue mucho más intenso en los países con expresiones más radicalizadas, con gobiernos que polarizaron la discusión política a niveles que no se vieron en las experiencias más moderadas. La tercera es que el estatismo

promedio de la opinión pública latinoamericana disminuyó entre 2008 y 2016, en consonancia con la erosión del capital político y de la popularidad de los gobiernos de izquierda, lo cual minó sus bases de sustentación y potenció a sus detractores.

Para contrastar estas hipótesis se acude a distintos modelos de regresión lineal, siempre con estatismo como variable dependiente. El indicador es un coeficiente que va de 0 –anti-estatismo extremo– a 1 –estatismo extremo–, construido a partir de una pregunta incluida en el Barómetro de las Américas de LAPOP entre 2008 y 2016: “¿Hasta qué punto está de acuerdo con la siguiente frase? ‘El Estado, en lugar del sector privado, debería ser el dueño de las empresas e industrias más importantes del país’”. La pregunta tiene el mérito de ir a la esencia del estatismo económico, que implica el control estatal sobre las empresas más relevantes, y de admitir matices en las respuestas –en concreto, siete alternativas, desde “muy en desacuerdo” hasta “muy de acuerdo”–. Las unidades de análisis son los ciudadanos de los 19 países de América Latina incluidos en las encuestas de LAPOP entre 2008 y 2016.

Esta tesis está organizada de la siguiente manera. En la primera parte, se presenta una revisión bibliográfica, que comienza con la discusión sobre la literatura más general sobre el estatismo en la opinión pública, continúa con un repaso de lo escrito sobre el giro a la izquierda en América Latina y termina con un apartado sobre investigaciones que abordan la evolución de las posiciones ideológicas de los latinoamericanos en este siglo. En la segunda parte se avanza en la presentación de los datos, comparando primero a los países en los que hubo giro a la izquierda con los que no, y luego profundizando en los efectos diferenciales de los distintos tipos de gobiernos de izquierda. En la tercera parte, se muestra cómo fue mutando el nivel de estatismo promedio de la opinión pública latinoamericana en el período bajo análisis. Por último, se exhiben las conclusiones finales del trabajo.

## **El Estado en la opinión pública**

La discusión sobre el rol del Estado en la economía es un tópico recurrente en los estudios de opinión pública en Estados Unidos. Jacoby, uno de los autores que más trabajaron el tema, se pregunta ya en 1988 por el rol de la identificación partidaria en las posiciones que expresan las personas respecto de la intervención estatal en distintos ámbitos de la vida social y económica. La teoría de la que parte es que las opiniones de los sujetos que se sienten representados por un determinado partido político están mediadas por la que perciben que es la posición de la fuerza acerca de los diversos asuntos públicos (Jacoby, 1988: 643). De modo que si se declaran a favor de, por ejemplo, un mayor gasto social por parte del Estado, es porque asumen que esa es la posición de su grupo. Similar es el argumento que se propone aquí, solo que la identificación no es con un partido, sino con el presidente. Es decir, que quienes apoyan a mandatarios que consideran estatistas tienden, por ende, a declararse estatistas, mientras que aquellos que rechazan a esos presidentes tienden a percibirse como anti-estatistas.

Jacoby sostiene que indagar en el vínculo entre las identidades políticas y las posiciones en torno al papel del Estado es especialmente relevante porque este es un eje central de la distinción entre izquierda y derecha, entre *liberals* y *conservatives* (Jacoby, 1994: 336). Lo interesante es que, si bien en sus modelos encuentra un vínculo estadísticamente significativo entre las posiciones de izquierda y el apoyo a un mayor Estado de Bienestar, no es tan fuerte como el vínculo entre identificarse como demócrata y apoyar el Estado de Bienestar (Jacoby, 1994: 349). Esto parece indicar que las adscripciones ideológicas estructuran menos las opiniones políticas que las identidades partidarias, que son algo mucho más concreto. Es en la medida en que el Estado es un clivaje político fundamental que se construye aquí la hipótesis de que, en ciertas circunstancias, la posición que asumen las personas ante un gobierno –algo que también es mucho más concreto que un posicionamiento ideológico en abstracto– pueda ser un determinante mucho más decisivo que otros para definir una opinión sobre el rol que debe tener el Estado.

En un artículo más reciente, Jacoby explora el impacto de muchos de esos otros determinantes sobre el respaldo a distintos niveles de gasto público, pero prestando atención a un proceso fundamental: el *issue framing* (2000). La idea es que más allá de las especificidades de fenómenos sociales o económicos determinados, como el gasto del Estado, hay que analizar cómo estos son construidos políticamente para ver su impacto en la opinión pública. De modo que la manera de presentar, de encuadrar, un tema como este, repercute en el posicionamiento de los sujetos (Jacoby, 2000: 750). Esta idea también es muy significativa, porque ayuda a comprender por qué se pueden registrar en un lapso relativamente corto cambios decisivos en la opinión pública respecto de ciertos asuntos sensibles, como el rol del Estado. Porque no es lo mismo que gobierne un partido que lo presenta como la causa de los principales males de un país a que gobierne un partido que lo presenta como la solución. De hecho, Jacoby encuentra evidencia del efecto del *issue framing*: cuando el gasto público se presenta como un tema en abstracto, las personas tienden a ser mucho más conservadoras que cuando se lo presenta como inversión en ciertas áreas de gobierno específicas, en las que una porción mucho más importante de la población expresa su respaldo (Jacoby, 2000: 756). En cuanto a las múltiples variables independientes que pone a prueba se encuentra el apoyo al gobierno –sin importar el partido a cargo–. Aunque encuentra una relación estadísticamente significativa con el respaldo a un mayor gasto público, la magnitud de su impacto es muy inferior a la de otras, como la edad, la evaluación del estado de la economía, la identificación partidaria y el posicionamiento ideológico (Jacoby, 2000: 760).

El estudio del lugar que ocupa el rol del Estado en la opinión pública también tiene cierto recorrido en América Latina. En Argentina, un aporte insoslayable es *La Argentina bipolar*, de Mora y Araujo (2011), que rastrea los vaivenes en el posicionamiento de la ciudadanía argentina ante ciertos fenómenos, entre los que se encuentra el estatismo. Es un trabajo eminentemente descriptivo, pero es interesante porque muestra que en cuanto al rol del Estado, la opinión pública, al menos en Argentina, parece haber ido acompañando el cambio en el perfil de los gobiernos. De un marcado estatismo, se pasó entre finales de los 80 y comienzos de los años 90 a una mayor aceptación del rol del sector privado, al calor

de las reformas neoliberales y el acentuado discurso anti-estatista de la dirigencia política de la época, para asistir luego a un reverdecimiento del estatismo en la parte final de esa década, que se consolidó en la primera de los 2000, en consonancia con el giro a la izquierda (Mora y Araujo, 2011; 16).

En concreto, durante todos los 90, la mayor parte de la población argentina sostenía que era mejor un país en el que el grueso de las actividades las realizan las empresas privadas –en 1992, solo el 22% manifestaba posiciones estatistas–, pero la tendencia empezó a revertirse desde 1997 y desde los 2000 las preferencias por el Estado llegaron al 70% en determinados momentos y no bajaron nunca del 56%, al menos hasta 2010, cuando termina el registro incluido en el libro (Mora y Araujo, 2011; 21). Más allá del indudable aporte de Mora y Araujo, lo que falta es la identificación de los mecanismos causales por los que se produjo un cambio tan brusco en el período de 25 años que analiza. Por otro lado, es cierto que presenta algunos predictores socioeconómicos del estatismo, y establece que la clase baja tiende a ser más estatista que la clase media y la alta, y que sin que haya un predominio anti-estatista en esos segmentos de la población, lo que sí se encuentra es una mayor difusión de las ideas privatistas y liberales, especialmente en los años 90 (Mora y Araujo, 2011; 23). Pero, una vez más, falta un análisis sistemático de los determinantes individuales del estatismo. Eso es lo que se pretende aportar acá, aunque para toda América Latina, y en un análisis circunscrito a los ocho años comprendidos entre 2008 y 2016.

Un antecedente mucho más cercano a lo que se ensaya en estas páginas es el trabajo de Lodola y Seligson (2011), que en base a las encuestas de LAPOP de la edición 2010 exploran el vínculo entre las características sociodemográficas de las personas y su nivel de estatismo en Argentina. Sin embargo, no hallan una relación entre el apoyo a la propiedad estatal de las empresas y las percepciones acerca de la situación económica personal y nacional, ni con la valoración que hacen de la gestión del gobierno (Lodola y Seligson, 2011: 283). La única variable independiente significativa sería para ellos la ideología: quienes se ubican hacia la izquierda tienden a ser más estatistas. En cambio, cuando el indicador de estatismo es si el Estado debe ser proveedor de las pensiones jubilatorias, ven que cuanto peor es la percepción sobre la situación económica, mayor es el apoyo a las



jubilaciones estatales, y que quienes más respaldan la labor de Cristina Fernández de Kirchner (CFK) son los más favorables a la provisión de pensiones por parte del Estado (Lodola y Seligson, 2011: 285). Aquí se busca mostrar que el nivel de apoyo al presidente sí tiene una asociación positiva y significativa con el nivel de estatismo entendido como el apoyo a la propiedad estatal de las empresas, incluso en Argentina.

Hay otra serie de investigaciones que tienen mayor afinidad con esta tesis porque exploran los determinantes del estatismo en los distintos países latinoamericanos. Un buen exponente es el artículo de Sojo (2011), que en rigor realiza un exhaustivo estado de la cuestión sobre lo escrito acerca del vínculo entre Estado y opinión pública en América Latina, con especial foco en las percepciones relativas a su rol económico, que se apoyan en encuestas de Latinobarómetro. El autor muestra algo importante y es que entre 1998 y 2008, en paralelo al giro a la izquierda en la región, aumentó el apoyo a todos los tipos de intervención estatal, desde la salud y la educación, hasta los teléfonos y el petróleo (Sojo, 2011: 130). La conclusión a la que llega es que el contexto político incide sobre las percepciones de la ciudadanía, afectando los posicionamientos ideológicos. En sus propias palabras: "...No es lo mismo interrogar a la población en contextos estatizantes (...) que hacerlo en escenarios mercantilizadores o privatizadores, como el del período que abarca los tres lustros que van de 1985 a 2000..." (Sojo, 2011: 129).

Más cercano a lo que se propone aquí es lo que hace Corral (2009a), que de hecho toma la misma pregunta del Barómetro de las Américas como indicador de estatismo. Pero, en lugar de buscar los determinantes individuales de su variación, indaga en las diferencias en el nivel medio de apoyo al Estado empresario en los distintos países de América Latina. En su análisis, la autora descarta el impacto de factores sociodemográficos, al revelar que los controles por variables como educación, género, edad, riqueza y tamaño del lugar de residencia no modifican los valores medios de estatismo de cada país (Corral, 2009a: 2). Pero encuentra que una variable relevante es la profundidad del proceso de privatizaciones durante los 90: en aquellos países en los que se fue más a fondo, es mayor el respaldo a la intervención estatal, mientras que en los que menos se avanzó son los que muestran menores niveles de respaldo (Corral, 2009a: 2). El hallazgo, que se verifica tomando

únicamente la oleada 2008 de LAPOP, es útil para pensar cómo los posicionamientos de ciertos sectores de la opinión pública pueden ser reacciones ante procesos políticos que consideran fallidos. De ahí que tenga sentido preguntarse –como se hace aquí– si de la mano de la erosión del giro a la izquierda en la región se produjo también un retroceso de las ideas estatistas en la población.

También Naylor (2018) toma la misma variable dependiente y el indicador del Barómetro de las Américas referido a la propiedad estatal de las empresas. La diferencia es que busca los determinantes de nivel individual y que sí ve un impacto de ciertos factores demográficos. En concreto, los resultados de su modelo logístico arrojan un efecto negativo de la educación sobre el estatismo, y uno positivo de la edad, de modo que las personas más educadas tenderían a ser menos estatistas, y las mayores tenderían a serlo más que las jóvenes (Naylor, 2018: 4). De todos modos, más interesantes desde un punto de vista teórico son las variables políticas que observa, ya que detecta un aumento de las probabilidades de apoyar al Estado empresario entre aquellos que respaldan el sistema político, tienen una valoración positiva del presidente y dicen que la situación económica del país mejoró en el último año (Naylor, 2018: 8). El problema es que no distingue entre las orientaciones políticas de los gobiernos, lo que le impide ver si hay un efecto diferencial producto de que haya un presidente de izquierda con un discurso estatista.

En otro artículo, Corral (2009b) vuelve a analizar los determinantes del estatismo a nivel país, pero mirando una dimensión diferente, que surge de la pregunta “¿Hasta qué punto debería el Estado asegurar el bienestar de los ciudadanos?”. Lo que encuentra es una relación positiva tanto con el PIB del país como con su grado de consolidación democrática según Freedom House (Corral, 2009b: 4). También explora determinantes individuales, y halla evidencias de que la riqueza no parece una variable explicativa significativa, pero sí la educación, de modo que a mayor nivel educativo se espera mayor respaldo hacia la idea del Estado como garante del bienestar.

Por su parte, Seligson (2008) se pregunta por los determinantes del estatismo en materia de empleo a nivel país en América Latina, y también ve un impacto positivo tanto de la riqueza como del crecimiento económico: a mayor PIB per cápita y a mayor

expansión del PIB observa más apoyo a que el Estado sea proveedor de empleo (Seligson, 2008: 4). Tampoco este autor diferencia según el tipo de políticas aplicadas por los gobiernos en el período de expansión económica. A nivel individual, ve que los más jóvenes y las personas de menores recursos tienden a ser más estatistas, al igual que aquellos que tienen una percepción negativa sobre la situación de la economía nacional (Seligson, 2008: 4).

Durakiewicz (2018) enfoca el estatismo desde una dimensión alternativa: el respaldo a la idea de que el Estado debe reducir la desigualdad. Algunos de los resultados con los que se topa son esperables, pero otros son verdaderamente sorprendidos. Por un lado, el nivel de ingresos de las personas no parece decir nada acerca de su apoyo a la reducción de la inequidad, pero sí la educación: los más educados tienden a respaldar más esa forma de intervención estatal (Durakiewicz, 2018: 4). También las personas que reciben asistencia del Estado y aquellas que confían más en los miembros de la comunidad tienden a ser más distributivistas, pero la ideología opera de manera curiosa: quienes se ubican en la izquierda no tienen una posición más favorable a estas políticas que los de centro, aunque los de derecha están más en contra que los centristas (Durakiewicz, 2018: 7).

Como se puede apreciar en este repaso, lo que no hay hasta el momento en la literatura es un trabajo que se proponga poner en relación el nivel de estatismo de las personas a lo largo de América Latina con la orientación ideológica de los gobiernos, abarcando un período lo suficientemente largo como para incorporar alternancias al interior de los países. Eso es lo que se intenta aquí.

### *El giro a la izquierda en América Latina*

El auge de los gobiernos de izquierda en América Latina durante la primera parte del siglo XXI llamó la atención de académicos, periodistas y hasta del público informado en buena parte del mundo. Por ende, no sorprende que haya una vasta literatura que explora distintas facetas del fenómeno. Entre las obras que intentan abordar el proceso de manera holística, indagando en sus determinantes, consecuencias y expresiones particulares, sobresale *The Resurgence of the Latin American Left*, el libro de Levitsky y Roberts (2011).

Uno de sus aportes es la construcción de una tipología de las izquierdas latinoamericanas, de acuerdo con las características de la organización política al frente del proceso –partidos políticos ya establecidos en el sistema o nuevos movimientos políticos– y al grado de concentración de la autoridad –dispersa o concentrada–, dando lugar a cuatro tipos ideales: la izquierda partidaria institucionalizada –el Partido Socialista en Chile y el PT en Brasil–, la izquierda movimientista –el MAS boliviano–, la maquinaria populista –el kirchnerismo en Argentina y el sandinismo en Nicaragua– y la izquierda populista –el chavismo en Venezuela y el correísmo en Ecuador– (Levitsky y Roberts, 2011: 13). Weyland (2009) es otro de los que disecciona los distintos tipos gobiernos de izquierda, buscando las causas de sus diferencias. En su caso, el factor decisivo es la estructura de la economía y del Estado: abundantes recursos naturales en manos estatales pueden dar lugar a una lógica rentista, y eso explicaría por qué gobiernos como los de Venezuela, Ecuador y Bolivia fueron más radicales que los otros (Weyland, 2009: 146).

En esta tesis también se propone una tipología de los gobiernos latinoamericanos de izquierda para identificar los efectos de cada tipo sobre el estatismo. La clasificación está en buena medida inspirada en la de Levitsky y Roberts. Por un lado, se adopta el concepto de izquierda institucionalizada, una adaptación casi literal de la *izquierda partidaria institucionalizada* que desarrollan los autores, para agrupar a los gobiernos del Frente Amplio en Uruguay, los de la Concertación comandados por Michelle Bachelet en Chile y los del PT en Brasil. Algo similar ocurre con la *izquierda populista*, aunque con una diferencia importante: a los casos de Venezuela y Ecuador, aquí se suma a Bolivia con el MAS de Evo Morales y a Nicaragua con Daniel Ortega, que para Levitsky y Roberts pertenecen a clases diferentes. Sin negar los muchos aspectos en los que estos procesos políticos difieren, tienen un punto de contacto que es de enorme importancia para la hipótesis que aquí se propone: políticamente, fueron los gobiernos más radicalizados, algo que se puede constatar en un rasgo que los distingue de las demás experiencias de izquierda en la región, que es la sanción de reformas constitucionales para modificar los límites de los mandatos presidenciales.

La tercera categoría que se toma prestada es la de *maquinaria populista*, que tiene como ejemplo coincidente al gobierno de CFK en Argentina. Aquí se excluye a los de Daniel Ortega en Nicaragua por las razones antes expuestas y se agrega al FMLN salvadoreño. No es poco lo que separa a estos casos, pero tienen algunos puntos de contacto, como haber sido gobiernos que, sin estar conducidos por partidos altamente institucionalizados como los del primer grupo, y a pesar de haber gobernado por un largo período, conservaron las reglas institucionales con las que asumieron. Por último, se añade aquí una cuarta categoría, la de la *izquierda débil*, que reúne a los procesos políticos que tuvieron un solo mandato, atravesado por una debilidad extrema, que les impidió hacer cualquier tipo de reforma significativa: el de Ollanta Humala en Perú, el de Manuel Zelaya en Honduras y el de Fernando Lugo en Paraguay.

Al margen de las tipologías y de las disimilitudes que hay entre los distintos casos nacionales, la mayoría de los autores coincide en tomar al giro de los 2000 como parte de un proceso histórico que tiene mucho de respuesta a la ola neoliberal de los años 1980 y 1990, que, con matices, pretendió resolver los problemas que había tenido un modelo de desarrollo que en casi toda la región había estado liderado por el Estado (Levitsky y Roberts, 2011: 2). Por eso, sería imposible explicar lo que sucedió en los 2000 sin considerar la crisis del modelo neoliberal, que se sintió con fuerza en muchos países latinoamericanos a finales del siglo pasado, tras varios años de estancamiento y, en algunos casos, de fuertes recesiones. Si los gobiernos que emergieron en el nuevo milenio le dieron un lugar tan importante al Estado, poniéndolo en muchos casos en el centro del debate político, fue en buena medida porque buscaron oponerse a los gobiernos de la década anterior, que también habían politizado el rol del Estado, pero identificándolo como un obstáculo para el desarrollo.

De esta manera, tanto las reformas de mercado como las crisis económicas del período 1998-2002 aparecen como determinantes del giro a la izquierda, ya que los partidos políticos de centroderecha y pro-mercado que estaban en el poder empezaron a perder elecciones en casi todos los países, habilitando triunfos de fuerzas opositoras que estaban en la izquierda del espectro ideológico (Levitsky y Roberts, 2011: 9). Por otro lado, la

posterior consolidación de los nuevos gobiernos tuvo mucho que ver con el boom de las *commodities*, que fue crucial para garantizar un crecimiento económico sostenido y, al mismo tiempo, para permitirles “gobernar hacia la izquierda”, en la medida en que la abundancia de recursos permitió ejecutar políticas económicas expansivas y distributivas (Levitsky y Roberts, 2011: 10). Este razonamiento es fundamental para entender por qué la opinión pública latinoamericana puede haberse vuelto más estatista hacia fines de la primera década de los 2000, y por qué la desaceleración económica y la imposibilidad de sostener ese bienestar llevó a muchos de esos gobiernos de izquierda a perder apoyo y elecciones, favoreciendo –como se pretende demostrar aquí– una disminución de las opiniones estatistas.

Sobre lo que no hay tanto acuerdo es acerca de si la ciudadanía reaccionó contra las políticas neoliberales per se o contra los gobiernos neoliberales por sus malos resultados económicos. Una hipótesis sostiene que el creciente apoyo a la izquierda se debió a un rechazo del electorado al Consenso de Washington, lo que implicó un vuelco en su posicionamiento político-ideológico. La otra, en cambio, afirma que los votantes optaron por la izquierda simplemente para castigar a los gobiernos de derecha que habían estado en el poder en los años 90, por las crisis económicas generalizadas que se vivieron hacia el final de la década. La distinción es sumamente relevante, ya que el primer postulado implicaría asumir que el mandato de la ciudadanía era una transformación profunda del modelo económico y político, mientras que el segundo supondría que la exigencia era simplemente un mejoramiento de las prestaciones económicas.

Baker y Greene (2011) ofrecen una mirada intermedia, que afirma y rechaza parcialmente ambas hipótesis. Ellos encuentran evidencias de que algunas de las reformas de mercado eran repudiadas por la opinión pública, como las privatizaciones, pero otras, como la apertura comercial, eran respaldadas (Baker y Greene, 2011: 44). Al mismo tiempo, una revisión de los resultados electorales en América Latina entre 1995 y 2008 muestra un muy leve corrimiento a la izquierda, que en rigor es un paso de la centroderecha hacia el centro en promedio. Esto indicaría que había un mandato mixto, moderado, por

parte de la ciudadanía, de garantizar bienestar económico, transformando algunas cosas y manteniendo otras del régimen anterior.

Por su parte, Graham y Sukhtankar (2004) no indagan concretamente en el avance de la izquierda, pero encuentran evidencias similares en su estudio de las consecuencias de las crisis económicas sobre la valoración de las políticas de mercado a principios de los 2000. A través del análisis de encuestas de Latinobarómetro, y con un marco teórico peculiar, que busca medir el impacto de la economía sobre la felicidad individual, encuentran que en los países en los que se produjeron retracciones del PIB per cápita en 2002 disminuyó la felicidad y se registró una clara caída en la satisfacción con las privatizaciones y con la economía de mercado en general (Graham y Sukhtankar, 2004: 363). En espejo, lo que se propone en esta investigación es que el debilitamiento de los gobiernos de izquierda –atribuible en gran medida a la desaceleración económica producto del fin del boom de las *commodities*– contribuyó a una disminución del apoyo a las políticas estatistas.

Concomitantemente, la corriente más nutrida en la literatura es la que explica el giro a la izquierda como una reacción a los graves problemas económicos que enfrentaron los gobiernos de los años 90. Allí se destacan Murillo, Oliveros y Vaishnav, que proponen una hipótesis condicional, según la cual un aumento de la recesión o de la inflación en gobiernos precedentes estaría asociado a un incremento en el caudal de voto de la izquierda, solo si eran partidos de derecha los que estaban antes a cargo (Murillo et al, 2010: 100). Queirolo (2008) opta por un abordaje similar, aunque con una metodología diferente. Toma una muestra de tres países, dos con gobiernos de izquierda –Brasil y Uruguay– y uno sin –México–, y encuentra que en los primeros hay una relación entre un aumento de las evaluaciones negativas sobre el estado de la economía –reveladas por encuestas realizadas antes de las elecciones– y el voto por los partidos de izquierda, algo que no se verifica en el caso mexicano (Queirolo, 2008: 134). De modo que, como antes, el giro aparece como respuesta al deterioro de la economía cuando gobernaban partidos pro-mercado.

Pero esta tesis abarca centralmente el proceso histórico que se abrió en las postrimerías del giro a la izquierda. La mayoría de los autores coinciden en que su apogeo estuvo comprendido entre 2005 y 2010, cuando partidos de esa tendencia obtuvieron 14 triunfos sobre 19 elecciones en la región, dando después lugar a una paulatina tendencia decreciente (Murillo et al, 2010: 88). Una de las mayores contribuciones que se pretenden hacer aquí es aportar datos y análisis sobre una etapa que por el momento está poco explorada, en gran medida porque está en pleno desarrollo. Uno de los grandes interrogantes que se presentan es si a partir de 2010, con el ocaso de la izquierda, comenzó un incipiente giro a la derecha en la región. Eso es lo que se preguntan Alcántara, Buquet y Tagina (2018) en su indagación sobre el ciclo electoral que se presentó entre 2013 y 2017, durante el cual se empezaron a ver casos de alternancia política en muchos países en los que se venía de varios triunfos consecutivos de los oficialismos. Si bien admiten que el panorama electoral no está lo suficientemente definido al momento en el que escriben como para afirmar el inicio de un giro a la derecha, lo plantean como una posibilidad a verificar en el futuro (Alcántara et al., 2018: 493).

Lo interesante es que encuentran una correlación bastante clara entre ciclos económicos y ciclos electorales: a las recesiones de principios del siglo XXI siguieron altos niveles de alternancia, coincidentes con el comienzo del giro a la izquierda; a la fase de expansión de los años siguientes, siguió un período de muy baja rotación; y con la desaceleración de los últimos años, llegó un nuevo incremento de la alternancia (Alcántara et al., 2018: 493). Si bien al momento de la redacción de este trabajo tampoco se puede hablar aún de un giro a la derecha comparable al que hubo en sentido contrario en la década pasada –sobre todo después del regreso del kirchnerismo al poder en Argentina y del MAS en Bolivia–, lo que parece claro es que el apogeo de la izquierda llegó a su fin, y que en su lugar se abrió una etapa de mayor variabilidad ideológica y menor estabilidad de los gobiernos.

Anticipándose de alguna manera al debate, Luna y Kaltwasser (2011) se proponen hacer una caracterización de los partidos y gobiernos de derecha que se destacaron en el contexto de la ola de izquierda en la región, en un artículo que puede ser de utilidad para



comprender la transición del último lustro. Los autores analizan partidos políticos de cuatro países (Chile, Colombia, México y El Salvador) y encuentran dos rasgos salientes en ellos: la defensa del libre mercado, presente en todos los casos, y el conservadurismo social, que está en tres de los cuatro (Luna y Kaltwasser, 2011: 16). Considerando cuán identificado estuvo el giro a la izquierda con la reivindicación del rol del Estado en la economía, y teniendo en cuenta que el denominador común de los partidos de derecha en la región parece ser la defensa del mercado, resulta fructífero explorar si el avance de algunos gobiernos de derecha se condice con una disminución del estatismo promedio de la población.

Si bien escasea la literatura de enfoque regional sobre el declive de los gobiernos de izquierda, hay varios ejemplos valiosos de estudios de caso sobre países en los que se produjeron vuelcos políticos trascendentes. Uno que no se puede dejar de mencionar es el de Basabe-Serrano y Barahona (2017), sobre el fin del giro a la izquierda en Ecuador. Apoyándose en los preceptos del voto económico, los autores sostienen que, a medida que descendió el precio del petróleo y se deterioraron las condiciones económicas en el país, disminuyeron el apoyo electoral y la popularidad de Rafael Correa. Por otro lado, a partir de datos de LAPOP, muestran que hubo un leve corrimiento de la opinión pública ecuatoriana hacia la izquierda, pero posterior al auge del correísmo, lo que evidenciaría que el viraje ideológico no habría sido causa sino consecuencia del ascenso de Correa (Basabe-Serrano y Barahona, 2017: 44).

Con una perspectiva diferente, Gervasoni y Tagina (2019) buscan dar cuenta de los determinantes del voto por el oficialismo en Argentina en las elecciones de 2015, cuando se produjo el cambio de gobierno, que implicó un giro a la derecha por el triunfo de Mauricio Macri. Los autores presentan al apoyo a CFK y tener una valoración positiva sobre el estado de la economía nacional como predictores fuertes del voto por el candidato oficialista, de la misma manera que el rechazo a la figura presidencial y una mirada negativa sobre la economía aumentan la probabilidad del voto por la oposición. Si bien no consideran al nivel de estatismo per se como una posible variable explicativa del voto, usan la variable *Issues K* como un índice que condensa el apoyo a varias medidas tomadas por el

kirchnerismo, muchas de las cuales son de corte estatista (Gervasoni y Tagina, 2019: 120). Pero el resultado es desalentador, ya que, aunque el signo del coeficiente sugiere que el respaldo a esos *issues* incrementa la probabilidad de votar al oficialismo, no llega a ser estadísticamente significativo, lo cual es atribuido a que los factores ideológicos no habrían sido decisivos en el resultado de la elección (Gervasoni y Tagina, 2019: 128).

### *La ideología de los latinoamericanos en el siglo XXI*

Son muchas las investigaciones que buscan dar cuenta de los cambios en el posicionamiento ideológico de la opinión pública latinoamericana en el contexto del giro a la izquierda. A diferencia de lo que plantean Baker y Greene, la mayoría coincide en que no hay evidencias de cambios significativos en las orientaciones ideológicas de los ciudadanos latinoamericanos en la última década. Así, Arnold y Samuels (2011) muestran que el giro a la izquierda ocurrió en rigor en el plano de elites, no de la población general, y encuentran que las visiones acerca de cuestiones muy politizadas en estos años, como la política distributiva, no sufrieron alteraciones relevantes.

Algo que atraviesa a parte importante de los trabajos que se preguntan por las orientaciones ideológicas de la ciudadanía es la discusión respecto de si todas las personas concuerdan en lo que denotan los conceptos de izquierda y derecha. Zechmeister y Corral (2010) argumentan que este está lejos de ser un asunto saldado. Retomando a Inglehart (1997), plantean que lo que en principio divide a la izquierda y a la derecha es la intervención del Estado en la economía, de modo que los partidarios de un polo impulsan una mayor intervención y los partidarios del otro la mínima posible. Sin embargo, las autoras encuentran que, si bien en la mayoría de los países el estatismo está asociado a la izquierda, hay varios como Brasil, Colombia, Costa Rica, Perú y Venezuela, en los que la relación no es significativa, y otros, como México y Honduras, en los que directamente aparece asociado a la derecha (Zechmeister y Corral, 2010: 5).

En esta investigación se muestran más adelante resultados compatibles con los de estas autores: ubicarse en la izquierda del espectro ideológico tiene una relación positiva con el estatismo, pero de magnitud variable dependiendo del país. Para muchos

latinoamericanos, ser de izquierda no implica necesariamente apoyar de manera decisiva la intervención del Estado en la economía, ni ser de derecha supone lo contrario. Es por eso que la expectativa es que el apoyo a los presidentes de izquierda sea un determinante mucho más importante. En este punto, es crucial tener en cuenta que por más que observadores, investigadores y periodistas utilizaran a la izquierda como categoría para describir a los gobiernos del giro, esta no fue una etiqueta demasiado utilizada por ellos mismos. En cambio, la defensa del Estado formó parte del núcleo discursivo central de casi todos estos gobiernos, por lo que no debería sorprender que sus simpatizantes se identifiquen con el estatismo, pero no necesariamente con la izquierda.

También Wiesehomeier y Doyle (2012) indagan sobre lo que distingue a quienes se posicionan en la izquierda y en la derecha en América Latina, y no encuentran muchas diferencias. A partir del análisis de encuestas de Latinobarómetro, y en línea con lo que prevé la teoría, ven que los de izquierda prefieren la libertad antes que el orden, al revés que los de derecha (Wiesehomeier y Doyle, 2012: 11). En relación al rol del Estado, las distinciones son más tenues de lo que se esperaría, pero existen: los de derecha se muestran más dispuestos que los de izquierda a aceptar el involucramiento del sector privado en la provisión de salud y electricidad (Wiesehomeier y Doyle, 2012: 13).

En este sentido, son interesantes los aportes de Lodola y Seligson (2013). Por un lado, coinciden con el grueso de la literatura en que ideológicamente los latinoamericanos tienden a ubicarse en el centro del espectro, con una leve tendencia hacia la derecha, lo que hablaría de la ausencia de relación entre el giro a la izquierda de los gobiernos y la opinión pública (Lodola y Seligson, 2013: 211). Lo que parece ratificar esta idea, al menos para el caso argentino en el cual se concentran, es que tampoco hallan diferencias ideológicas entre los votantes de los distintos partidos políticos (Lodola y Seligson, 2013: 213). En un intento de evadir el problema antes mencionado respecto de los significados atribuidos a la izquierda y a la derecha, los autores se preguntan también por diferencias en el nivel de apoyo a la intervención del Estado en la economía, pero tampoco descubren variaciones relevantes entre los votantes de las distintas fuerzas políticas (Lodola y Seligson, 2013: 219).

Harbers et al. (2013) desarrollan el concepto de *response variability* para dar cuenta del grado de consistencia de las personas al momento de identificarse en la clasificación izquierda-derecha. A partir del análisis de estudios de opinión en Ecuador, Chile y México muestran que hay factores individuales y contextuales por los que algunos individuos expresan posiciones más consistentes que otros. Su hipótesis es que cuanto mayor es la sofisticación de la persona, entendida a partir de la combinación de su formación educativa y el grado de información con el que cuenta, menor tenderá a ser su *response variability*, y por ende, mayor coherencia tendrán sus respuestas (Harbers et al., 2013: 952). De la misma forma, encuentran una relación positiva entre el grado de estructuración del sistema político, a partir de la existencia de clivajes sociales y políticos más o menos definidos, y el nivel de concordancia de los posicionamientos políticos. Lo relevante de lo que encuentran es que, tal como se asume aquí, las posturas ideológicas de las personas son muchas veces inconsistentes y variables, y eso explicaría tanto los posibles vaivenes en el nivel de estatismo de la opinión pública, como el hecho de que puedan verse afectadas por cómo se estructura el debate político.

Otros autores, como Miranda (2011) y Saiegh (2014), se preguntan por la correspondencia entre el posicionamiento ideológico de los electores y el de los dirigentes políticos. La primera explora puntualmente la relación entre quienes se asumen de derecha y los legisladores de partidos de derecha, y descubre que en la mayoría de los países hay coincidencias básicas en cuanto a cuáles son los principales problemas del país, y en cuanto al grado de satisfacción con la democracia (Miranda, 2011: 4). En cambio, Saiegh se enfoca más en el ala izquierda y en cierta medida va a contracorriente de la mayor parte de la literatura: a partir del análisis de datos de Latinobarómetro y de encuestas a dirigentes políticos, se propone mostrar que hay una congruencia hacia la izquierda entre gobernantes y gobernados, a diferencia de lo que sostienen los trabajos que muestran que, a pesar del giro a la izquierda, los latinoamericanos se ubican del centro a la derecha (Saiegh, 2014: 2). Su aporte es esencialmente metodológico, al cuestionar la manera en la cual muchos estudios de opinión miden la ideología de las personas en América Latina, y muestra que quienes identifican a los gobiernos de izquierda en la izquierda del espectro, se identifican a

sí mismos en la izquierda y apoyan a estos gobiernos, mientras que quienes se perciben de derecha tienden a apoyar a la oposición (Saiegh, 2014: 16).

Lo fecundo de este abordaje radica en plantear una relación estrecha entre cómo las personas perciben el posicionamiento de los gobiernos y cómo se perciben a sí mismas, algo que atraviesa a esta investigación. La diferencia es que ese tipo de análisis plantea un vínculo estático: la premisa es que quienes son de izquierda ven a los gobiernos de izquierda alineados con ellos mismos y, ergo, los apoyan. Sin negar que eso suceda al nivel de los votantes más *sofisticados* –a la Harbers–, lo que se propone es que también se puede verificar un fenómeno inverso en otros segmentos del electorado: hay votantes que identifican al gobierno de determinada manera –favorable a la expansión del Estado–, y, como apoyan a ese gobierno, empiezan a identificarse a sí mismos en esa dirección. Pero esta lógica puede operar en sentido contrario: cuando dejan de apoyar a ese gobierno, toman distancia de las posiciones que identifican con aquél.

A esta altura, es menester insistir en el aporte teórico de Torcal y Mainwaring en relación a lo crucial que es la agencia política en la construcción de identidades y de clivajes, más allá de los factores socioeconómicos y de clase: “...La política, sostenemos, puede (re)crear identidades sociopolíticas, polarizando o debilitando potenciales conflictos sociales, y puede incluso alterar la naturaleza de los conflictos sociales a través de las políticas adoptadas por el gobierno...” (Torcal y Mainwaring, 2003: 56). La teoría de la que parten los autores para dar cuenta de la construcción del sistema de partidos chileno tras la dictadura, en contraposición a la mirada sociológica –que veía al sistema de partidos como un mero reflejo de los clivajes sociales–, se adecua perfectamente al supuesto del que se parte aquí: las diferencias ideológicas que dividen a una sociedad se activan –y desactivan– a través de la agencia política. Los gobiernos del giro a la izquierda interpelaron decididamente a la población en su reivindicación del rol del Estado. Por eso, tanto en su fase de auge, cuando lograron dominar el debate público, como en su ocaso, cuando su mirada pasó a estar fuertemente cuestionada, la manera en la que los individuos percibían a estos gobiernos impactó sobre su propio posicionamiento político en relación al Estado.

## **Determinantes del estatismo en América Latina: los datos**

Para poner a prueba las hipótesis propuestas al comienzo se realizaron distintos modelos de regresión lineal, que incluyen diferentes variables y grupos de casos. Lo único que no cambia nunca es la variable dependiente, que es siempre estatismo, entendido como el apoyo a que el Estado sea propietario de las principales empresas del país, en una escala que va de 0 a 1. El primer modelo incorpora solamente variables de nivel individual y su universo es la población adulta de los 19 países de América Latina incluidos en las encuestas de LAPOP entre 2008 y 2016: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

Apoyo al presidente, que es una de las dos variables independientes cruciales de esta investigación, también es un coeficiente que va de 0 a 1, elaborado a partir de una pregunta de LAPOP: “¿Diría usted que el trabajo que está realizando el presidente es...?”, con opciones de respuestas que van de “muy malo” a “muy bueno”. En el Modelo 1 no se distingue entre diferentes tipos de gobierno, pero de todos modos la expectativa es que la aprobación de la labor presidencial tenga un impacto levemente positivo sobre el estatismo, en consonancia con lo que marca la literatura dominante (Corral, 2009b; Jacoby, 2000; Naylor, 2018). De acuerdo con estas perspectivas, es más probable aceptar una mayor intervención del Estado cuando se confía en quien está al frente de la gestión del aparato estatal.

Adicionalmente, se incluyen 12 variables de control, presentes también en los demás modelos. En un grupo están las sociodemográficas: género, edad, años de escolarización y zona de residencia –¿urbana o rural?–. Siguiendo los supuestos y las evidencias presentadas por Jacoby, según el cual los grupos desaventajados tienden a apoyar una mayor intervención estatal porque esta los beneficiaría, se espera que las mujeres sean algo más estatistas que los varones (Jacoby, 2000). Lo mismo se anticipa para los habitantes de zonas rurales en comparación con los de áreas urbanas. En cambio, la expectativa es que el estatismo disminuya con el incremento del nivel educativo y de la

edad (Corral, 2009b; Jacoby, 2000; Naylor, 2018). En un caso, por la fragilidad que enfrentan en el mercado quienes tienen menores credenciales educativas; en otro, por la tendencia a encontrar posiciones políticas más conservadoras entre las personas mayores (Jacoby, 2000: 762).

En otro orden están las variables económicas. Algunas son objetivas, como la situación laboral –¿tiene trabajo o está desocupado?– y el ámbito de trabajo –¿es empleado público?–. Otras son subjetivas, como la situación económica familiar –escala que va de 0, que sería muy mala, a 1, que sería muy buena– y la evaluación de la situación económica del país –la pregunta es si mejoró o no en los 12 meses anteriores–. Siguiendo con el supuesto de Jacoby (2000), las personas con menores recursos económicos deberían tender a preferir un papel más activo por parte del Estado, mientras que aquellas de ingresos altos pueden percibirlo como una amenaza a sus ingresos. Por la misma razón, se espera que quienes están desocupados tiendan a ser más estatistas, al igual que los trabajadores del sector público (Jacoby, 2000). En lo que respecta al efecto de que mejore la percepción sobre la economía nacional, tanto Corral como Naylor encuentran una relación positiva, que argumentan en que quienes ven una mejora de la economía confían más en la gestión del gobierno y, por tanto, están más dispuestos a que el Estado asuma mayores responsabilidades económicas, en contraposición con quienes ven un deterioro y podrían considerar ineficientes a las autoridades estatales para hacerse cargo.

Por último, están las variables de control políticas. La que se anticipa más decisiva es la ideología, ya que la participación estatal en el manejo de la economía es un rasgo esencial del pensamiento de izquierda (Jacoby, 2000; Lodola y Seligson, 2011). Por eso, cabría esperar que cuanto más a la izquierda se ubique una persona –en una escala en la que 0 es derecha extrema y 1 es izquierda extrema–, mayor sea su estatismo. Otra variable política de control, que se prevé menos relevante, es el nivel de apoyo a la democracia como forma de gobierno, un índice que se mueve en una escala que va de 0 a 1. Es una manera de medir no el apoyo al gobierno sino al sistema político en general, por lo que, siguiendo a Naylor, se podría esperar un efecto semejante: que una mayor confianza lleve a

un mayor grado de aceptación de la idea de que el Estado, independientemente de quién gobierna, asuma responsabilidades económicas relevantes.

Con el mismo razonamiento, pero por la negativa, se incluyen otras dos variables que podrían estar asociadas a una desconfianza en el Estado y, por tanto, a un menor estatismo. Una es victimización por corrupción, que es dicotómica y que asume el valor 1 si en el último año se le solicitó a la persona el pago de un soborno en alguna dependencia pública o en algún encuentro con un funcionario civil o policial. Se espera que quien tenga una experiencia cercana que asocie al Estado con la corrupción sea más reacio a aceptar la idea de que este tenga amplias potestades en materia económica. La otra variable es percepción de inseguridad, que mide en una escala de 0 a 1 cuán inseguro es el entorno en el que se vive en términos de delincuencia. La expectativa es que quienes se sientan desprotegidos tengan un bajo nivel de confianza en el Estado, dado que una de sus funciones primordiales es proteger a la población, y por ende se inclinen a rechazar que tenga un rol protagónico en materia económica.

Yendo a los resultados, por la gran cantidad de observaciones, no sorprende que 12 de las 13 variables tengan un impacto estadísticamente significativo y, en casi todos los casos, en la dirección teóricamente esperada. Si lo que se compara son magnitudes, la variable que parece incidir más sobre el estatismo es el apoyo al presidente, ya que ir desde el rechazo absoluto a la máxima adhesión posible implicaría, con el resto de las variables controladas, un aumento promedio de 0,13 (o 13%) en el nivel de estatismo de los latinoamericanos. Esto, sin distinguir entre los presidentes que son de izquierda y los que no.

El análisis de las variables de control sociodemográficas revela que, contrariamente a lo anticipado, los varones son levemente más estatistas que las mujeres, ya que para el sexo femenino hay una caída promedio de -0,01 en el índice. La edad, el nivel educativo y la zona de residencia se comportan de acuerdo con lo anticipado. Por cada año adicional de vida se observa una caída de -0,0008 en el índice de estatismo, de modo que pasar de 20 a 70 años está asociado a una caída de -0,04. Entre los habitantes de zonas rurales, en cambio, el estatismo promedio es 0,03 mayor que entre quienes viven en ciudades. Pero



bastante mayor es la incidencia de la educación formal: por cada año adicional de escolarización el apoyo al Estado empresario cae  $-0,005$ , de modo que pasar de una persona que no fue a la escuela a alguien con 18 años de estudios está asociado a una caída media de  $-0,1$  en el índice, es decir, 10% menos.

Tres de las cuatro variables económicas se mueven como se esperaba. La que no es la situación laboral: estar desempleado no tiene un efecto estadísticamente significativo sobre el estatismo. En cambio, ser empleado público lo incrementa en  $0,03$ . Por otra parte, pasar de una situación económica familiar muy mala a una muy buena está asociado a una caída media de  $-0,03$ . Y, en línea con lo que planteaba Corral (2009a), se encuentra que quienes consideran que la economía nacional mejoró en los 12 meses previos son en promedio más estatistas que quienes piensan lo contrario, pero solo  $0,01$  más.

Todas las variables políticas se comportan de acuerdo a lo previsto, aunque hay algunas sorpresas en cuanto a la magnitud de su efecto. Lo llamativo es que ideología es menos relevante de lo que teóricamente se podía asumir: pasar de la extrema derecha a la extrema izquierda está asociado a un incremento de apenas  $0,04$  en el índice (4%). Mucho mayor es el impacto del apoyo a la democracia: los más convencidos de que es la mejor forma de gobierno son 12% más estatistas que quienes más descreen de ella. De modo que tanto la confianza en el presidente como en el sistema político inclinan a las personas a confiar en el Estado como administrador de la economía. Contrariamente, percibir que hay mucha inseguridad en el lugar en el que se vive lleva a una caída de  $-0,02$  y la victimización por corrupción aparece asociada a una caída de  $-0,01$ , pero solo estadísticamente significativa con una confianza del 95 por ciento.

Una lectura rápida de este primer modelo podría hacer tambalear a la principal hipótesis de esta investigación acerca del efecto del giro a la izquierda sobre el estatismo en la opinión pública, ya que el apoyo al gobierno parece ser el factor decisivo sin importar si este es de izquierda o de derecha. Los otros modelos revelan que esto no es así.

**TABLA 1. Determinantes del estatismo en América Latina (2008-2016)**

Variable independiente	Modelo 1	Modelo 2
<b>Apoyo al presidente<sup>1</sup></b>	<b>0,127***</b> <b>(0,000)</b>	0,048*** (0,000)
Género (mujer)	-0,010*** (0,001)	-0,010*** (0,001)
Edad	-0,001*** (0,000)	-0,001*** (0,000)
Años de escolarización	-0,005*** (0,000)	-0,005*** (0,000)
Zona de residencia (rural)	0,025*** (0,000)	0,024*** (0,000)
Desocupado	-0,134 (0,148)	-0,125 (0,177)
Empleado público	0,029*** (0,000)	0,028*** (0,000)
Situación económica familiar <sup>2</sup>	-0,034*** (0,000)	-0,035*** (0,000)
Situación económica del país (mejoró en los últimos 12 meses)	0,010*** (0,008)	0,010*** (0,012)
Ideología (izquierda) <sup>1</sup>	0,042*** (0,000)	0,031*** (0,000)
Apoyo a la democracia <sup>1</sup>	<b>0,119***</b> <b>(0,000)</b>	<b>0,119***</b> <b>(0,000)</b>
Victimización por corrupción	-0,008** (0,027)	-0,009*** (0,012)
Percepción de inseguridad <sup>1</sup>	-0,017*** (0,000)	-0,013*** (0,006)
Gobierno de izquierda		-0,097*** (0,000)
<b>ApoPre*Goblzq</b>		<b>0,145***</b> <b>(0,000)</b>
	<b>Apoyo al presidente</b> <b>(gobierno de izquierda)</b>	<b>0,193***</b> <b>(0,000)</b>
Constante	0,452*** (0,000)	0,508*** (0,000)
R <sup>2</sup> Ajustado	0,030	0,033
N=61156		

Regresiones OLS. La variable dependiente es el índice de estatismo: 0 (mínimo) - 1 (máximo)

<sup>1</sup> Índice de 0 (mínimo) a 1 (máximo); <sup>2</sup> Índice de 0 (muy mala) a 1 (muy buena)

\*\* Significativo al 5%; \*\*\* al 1%

### *Evidencias del vínculo entre gobiernos de izquierda y estatismo*

La mejor forma de comprobar si la orientación ideológica del presidente condiciona el impacto del apoyo a su gestión sobre el estatismo es a través de un modelo interactivo. Eso es lo que se propone en el Modelo 2, que incorpora la variable “Gobierno de Izquierda”. No es dicotómica porque se considere que los gobiernos son de izquierda o de derecha, sin matices en el medio, sino porque la hipótesis que guía esta investigación es que el debate en torno al rol del Estado en América Latina estuvo modelado específicamente por los presidentes del giro a la izquierda. Por tanto, no importa aquí si los gobiernos que no formaron parte de ese proceso político eran de centro o de derecha; lo relevante es distinguir a los de izquierda de los demás, para identificar su impacto sobre el estatismo en la opinión pública.

Por eso, la variable está construida a partir de una acepción muy amplia del giro, y le asigna valor 1 a todos los casos que corresponden a Bolivia, Brasil, Ecuador, Nicaragua, Uruguay y Venezuela en los cinco años contemplados en la muestra; a los de Argentina entre 2008 y 2014 –durante el gobierno de CFK–; a los de Chile en 2008, 2014 y 2016 –durante los dos gobiernos de Michelle Bachelet–; a los de El Salvador entre 2010 y 2016 –durante las presidencias de Mauricio Funes y Salvador Sánchez Cerén–; a los de Honduras en 2008 –durante el mandato de Manuel Zelaya–; a los de Paraguay entre 2008 y 2012 –durante el gobierno de Fernando Lugo–; y a los de Perú entre 2012 y 2016 –durante el gobierno de Ollanta Humala–.

Los que no se consideran gobiernos de izquierda son los que tuvieron en todo el período México, Guatemala, Costa Rica, Panamá, Colombia, República Dominicana y Haití; y los de Argentina en 2016 –durante la gestión de Mauricio Macri–, Chile entre 2010 y 2014 –durante el gobierno de Sebastián Piñera–, El Salvador en 2008 –durante el fin del mandato de Elías Antonio Saca–, Honduras entre 2010 y 2016 –durante los gobiernos de Porfirio Lobo y Juan Orlando Hernández–, Paraguay entre 2014 y 2016 –durante la presidencia de Horacio Cartes–, y Perú entre 2008 y 2010 –durante el gobierno de Alan García–.

Lo primero que salta a la vista al ver los resultados de este segundo modelo es que cuando no gobierna la izquierda el impacto máximo esperable del apoyo al presidente sobre el estatismo cae a menos de la mitad que antes: sigue siendo positivo y estadísticamente significativo, pero se reduce de 0,13 a 0,05. Sin embargo, cuando el presidente es de izquierda, el efecto de respaldarlo está cerca de cuadruplicarse: entre quienes más lo apoyan, el estatismo sube 0,19. De forma que, manteniendo al resto de las variables constantes, pasar del rechazo a la aprobación de un presidente considerado de izquierda está asociado a un incremento promedio de casi el 20% en el índice de estatismo, y la relación es estadísticamente significativa con un 99% de confianza, lo que le da un robusto respaldo empírico a la principal hipótesis propuesta al comienzo.

Las variables de control se mantienen esencialmente en los mismos niveles que en el Modelo 1, aunque la ideología pierde incluso un poco más de relevancia, ya que ser de izquierda pasa a estar asociado a un incremento de 0,03 en el estatismo, cuando antes era 0,04. Una evidencia más de que las identidades se constituyen alrededor de líderes y de partidos políticos, pero difícilmente en torno a ideologías en abstracto. Por otro lado, lo interesante es que cuando no gobierna la izquierda, el efecto del apoyo al presidente sobre el estatismo parece mucho menos relevante en términos de magnitud que el apoyo a la democracia, que se mantiene con un incremento esperado de 0,12; y que el nivel educativo, que muestra una caída de 0,09 en el índice cuando se pasa de 0 a 18 años de escolarización. En cambio, cuando el presidente es de izquierda, respaldarlo o no se convierte largamente en la variable explicativa más decisiva.

No obstante, es claro que la variable “Gobierno de Izquierda” planteada en estos términos simplifica demasiado una realidad mucho más compleja. Difícilmente hayan tenido el mismo efecto sobre la opinión pública presidencias tan dispares como la de Chávez en Venezuela y la de Lugo en Paraguay. Por eso, es necesario enriquecer el análisis, capturando los matices entre las distintas expresiones del giro a la izquierda en la región. La estrategia elegida consiste en descomponer la variable “Gobierno de Izquierda” en cuatro *dummies*, una para cada subtipo: izquierda populista, izquierda institucionalizada, maquinaria populista e izquierda débil (ver justificación teórica en el apartado “El Estado

**TABLA 2. Determinantes del estatismo en los países de América Latina en los que gobernó la izquierda entre 2008 y 2016**

Variable independiente <sup>1</sup>	Modelo 3
Apoyo al presidente <sup>2</sup>	0,004 (0,805)
<b>Gobierno: Izquierda Populista</b>	<b>-0,259***</b> <b>(0,000)</b>
<b>ApoPre*GIP</b>	<b>0,326***</b> <b>(0,000)</b>
<i>Apoyo al presidente (izquierda populista)</i>	<b>0,330***</b> <b>(0,000)</b>
Gobierno: Izquierda Institucionalizada	-0,083*** (0,000)
<b>ApoPre*GII</b>	<b>0,104***</b> <b>(0,000)</b>
<i>Apoyo al presidente (izquierda institucionalizada)</i>	<b>0,108***</b> <b>(0,000)</b>
Gobierno: Maquinaria Populista	-0,020 (0,172)
ApoPre*GMP	0,034 (0,165)
<i>Apoyo al presidente (maquinaria populista)</i>	0,038** (0,042)
Gobierno: Izquierda Débil	-0,004 (0,776)
ApoPre*GID	0,047 (0,079)
<i>Apoyo al presidente (izquierda débil)</i>	0,050** (0,019)
Edad	-0,001*** (0,000)
Años de escolarización	-0,005*** (0,000)
Zona de residencia (rural)	0,026*** (0,000)
Empleado público	0,021*** (0,000)
Situación económica familiar <sup>3</sup>	-0,033*** (0,000)
Situación económica del país (mejoró en los últimos 12 meses)	0,015*** (0,001)
Ideología (izquierda) <sup>2</sup>	0,039*** (0,000)
Apoyo a la democracia <sup>2</sup>	<b>0,118***</b> <b>(0,000)</b>
Constante	0,539*** (0,000)
R <sup>2</sup> Ajustado	0,057
N=42306	

Regresiones OLS. La variable dependiente es el índice de estatismo: 0 (mínimo) - 1 (máximo)

<sup>1</sup> Solo se muestran las variables de control estadísticamente significativas <sup>2</sup> Índice de 0 (mínimo) a 1 (máximo); <sup>3</sup> Índice de 0 (muy mala) a 1 (muy buena)

\*\* Significativo al 5%; \*\*\* al 1%

en la opinión pública”). Todas las *dummies* están incluidas, con sus respectivas interacciones con apoyo al presidente, en el Modelo 3, que toma como universo exclusivamente a la población adulta de los 12 países en los que hubo giro. La variable “Gobierno de Izquierda Populista” está codificada con valor 1 para los casos que corresponden a Nicaragua, Ecuador, Bolivia y Venezuela; “Gobierno de Izquierda Institucionalizada”, para los de Uruguay y Brasil en los cinco años incluidos, y Chile en 2008, 2014 y 2016; “Gobierno de Maquinaria Populista”, para los de Argentina entre 2008 y 2014, y El Salvador entre 2010 y 2016; y “Gobierno de Izquierda Débil”, para los de Honduras en 2008, Paraguay entre 2008 y 2012, y Perú entre 2012 y 2016.

La lectura de los resultados del Modelo 3 revela que cuando no gobierna la izquierda en este grupo de países el efecto de apoyar al presidente sobre el estatismo carece de significancia estadística. Este dato es profundamente revelador, dado que en el Modelo 2, que incluía a todos los países de la muestra y no distinguía entre las distintas expresiones de los gobiernos de izquierda, se veía que apoyar a presidentes que no eran de izquierda incrementa hasta 0,05 el nivel de estatismo, en línea con lo que planteaban varios autores. ¿Por qué, entonces, no se ve ese mismo efecto entre los países que formaron parte del giro, cuando están en el poder gobiernos de otro signo político? Tiene sentido teórico que sean anti-estadistas o que al menos no sean estadistas quienes apoyan a Piñera o a Macri, ya que son presidentes de centroderecha, defensores de políticas económicas liberales. ¿Pero no debería ocurrir lo mismo con quienes respaldan a Álvaro Uribe en Colombia o a Felipe Calderón en México?

Una respuesta posible es que ni en Colombia ni en México hubo giro a la izquierda, a diferencia de Chile y de Argentina. Por más de que en aquellos y en otros países de la región gobernarán promotores de políticas anti-estadistas como las de Piñera y Macri, el rol del Estado no atravesó el debate público como sí ocurrió en donde hubo giro. Que tras un largo ciclo de gobiernos de izquierda –Ricardo Lagos y Michelle Bachelet gobernaron Chile entre 2000 y 2010 de manera ininterrumpida; Néstor y Cristina Kirchner gobernaron Argentina entre 2003 y 2015– se desvanezca ese efecto positivo estándar del apoyo al presidente sobre el estatismo es un indicador de que esos gobiernos resignificaron el lugar

del Estado en la opinión pública de sus respectivos países. Eso contribuyó decididamente a configurar identidades políticas, con la apreciación sobre el rol que debe tener el Estado en la economía como uno de los elementos diferenciadores. Para muchas personas, estar a favor de esos presidentes implicaba estar a favor de un Estado más protagonista; y para otras, estar en contra suponía necesariamente oponerse a esa idea del Estado.

De todos modos, no solo el apoyo al presidente cuando no gobierna la izquierda pierde impacto estadísticamente significativo en el Moldeo 3. Lo mismo sucede con el género, la victimización por corrupción y la percepción de inseguridad. Es cierto que, a diferencia del apoyo al presidente, se trata de variables de control con efectos muy marginales sobre el estatismo en los otros modelos. De hecho, el resto mantiene –con variaciones despreciables– los mismos índices que en los dos modelos anteriores. Eso significa que apoyo a la democracia sobrevive como la variable de control cuyo efecto tiene mayor magnitud: un incremento máximo promedio de 0,12 en el estatismo.

Ahora bien, mucho más importante que lo anterior es lo que permite ver este modelo acerca de las diferencias en los efectos de respaldar a cada uno de los cuatro subtipos de gobiernos de izquierda. Cuando gobierna la izquierda populista, el impacto máximo de apoyar al presidente es un incremento de 0,33 sobre el estatismo. El efecto es 57% mayor que el que tenía apoyar a un gobierno de izquierda en el Modelo 2, que no diferenciaba entre las distintas expresiones del giro. En cambio, cuando el presidente es un representante de la izquierda institucionalizada, el impacto de apoyarlo sobre el estatismo es la tercera parte: 0,11. En este caso, la magnitud cae levemente por debajo del apoyo a la democracia. Pero el efecto prácticamente desaparece cuando gobiernan los otros dos subtipos de izquierda. En ambos, la relación es positiva, pero estadísticamente significativa solo con un 95% de confianza: en el caso de la maquinaria populista, es un aumento de 0,04 en el estatismo; en el caso de la izquierda débil, 0,05. Es el nivel que se veía en el Modelo 2 cuando se analizaba el impacto de apoyar a un presidente que no pertenecía al giro a la izquierda.

**TABLA 3. Determinantes del estatismo en Argentina (2008-2016)**

Variable independiente	Modelo 4
Apoyo al presidente <sup>1</sup>	-0,035 (0,437)
Gobierno de CFK	0,033 (0,231)
<b>ApoPre*GCFK</b>	<b>0,134***</b> <b>(0,009)</b>
<b>Apoyo al presidente (CFK)</b>	<b>0,099***</b> <b>(0,000)</b>
Género (mujer)	-0,007 (0,559)
Edad	-0,001*** (0,014)
<b>Años de escolarización</b>	<b>-0,009***</b> <b>(0,000)</b>
Zona de residencia (rural)	0,036 (0,066)
Empleado público	0,003 (0,831)
Situación económica familiar <sup>2</sup>	-0,099*** (0,000)
Situación económica del país (mejoró en los últimos 12 meses)	0,040** (0,025)
<b>Ideología (izquierda)<sup>1</sup></b>	<b>0,140***</b> <b>(0,000)</b>
<b>Apoyo a la democracia<sup>1</sup></b>	<b>0,162***</b> <b>(0,000)</b>
Victimización por corrupción	-0,014 (0,363)
Percepción de inseguridad <sup>1</sup>	-0,031 (0,126)
Constante	0,545*** (0,000)
R <sup>2</sup> Ajustado	0,060
N=3194	

Regresiones OLS. La variable dependiente es el índice de estatismo: 0 (mínimo) - 1 (máximo)

<sup>1</sup> Índice de 0 (mínimo) a 1 (máximo); <sup>2</sup> Índice de 0 (muy mala) a 1 (muy buena)

\*\* Significativo al 5%; \*\*\* al 1%



Estos resultados apuntalan la segunda hipótesis planteada en la introducción: el efecto del apoyo a los presidentes sobre el estatismo en la opinión pública es mucho más intenso en los países con expresiones más radicalizadas del giro a la izquierda, donde se tensó mucho más la discusión política. Así, lo que parece ponerse de manifiesto con estos indicadores es hasta qué punto la acción de estos gobiernos contribuyó a la configuración de clivajes políticos, al punto de que quienes se sintieron más representados por ellos asumieron como propio el discurso estatista que los distinguió, y quienes se ubicaron en las antípodas adoptaron una visión anti-estatista. Por eso, no debería sorprender que el impacto de los presidentes de izquierda débil sea en cierto sentido equiparable al de los gobiernos de los países en los que no hubo giro, ya que no pudieron modificar de manera consistente y duradera la escena política.

Lo que puede resultar un tanto desconcertante es que el efecto de los gobiernos englobados bajo la categoría maquinaria populista sea incluso menor al de los de izquierda débil. Una explicación posible es que la categoría en sí misma es problemática, dado que los casos de Argentina y El Salvador tienen más diferencias que puntos de contacto. Por esta razón, el Modelo 4 circunscribe la muestra a la población encuestada en Argentina entre 2008 y 2016, en busca de analizar si la hipótesis se sostiene en este caso, que reúne muchos de los elementos del giro a la izquierda –en especial, una fuerte reivindicación del papel del Estado por parte de los gobiernos de CFK–, aunque no termina de ajustarse a los tipos ideales de la izquierda populista ni de la izquierda institucionalizada.

Los resultados del Modelo 4 son auspiciosos. Lo primero a destacar es que si se considera lo que pasa solo en el año 2016, cuando Macri era presidente, el apoyo al Ejecutivo parece tener un impacto que llega a ser negativo sobre el estatismo, aunque el efecto no es estadísticamente significativo. Sin embargo, en el escenario opuesto, en los años en los que gobernó CFK, respaldar al presidente aparece asociado a una suba de 0,1 en el índice, con una confianza del 99%. La opinión pública se comporta en este caso de manera muy similar a la de los países en los que gobernó la izquierda institucionalizada –ver Modelo 3–, lo que sugiere que, a pesar de sus diferencias, quizás el giro argentino a la izquierda tenga más en común con esas experiencias que con las otras.

**TABLA 4. Índice de estatismo medio por país en América Latina (2008-2016)**

País	2008	2010	2012	2014	2016	Diferencia porcentual 2016 vs 2010
Paraguay	0,65	0,68	0,67	0,55	0,46	-32,6%
Honduras	0,53	0,64	0,55	0,50	0,48	-25,0%
Chile	0,67	0,66	0,67	0,65	0,53	-19,8%
Argentina	0,66	0,68	0,65	0,63	0,55	-19,3%
Ecuador	0,58	0,49	0,49	0,53	0,42	-15,0%
Brasil	0,52	0,56	0,56	0,48	0,48	-14,4%
Venezuela	0,37	0,46	0,38	0,27	0,41	-10,7%
Uruguay	0,57	0,56	0,58	0,52	0,50	-10,3%
Perú	0,60	0,61	0,57	0,51	0,55	-10,2%
El Salvador	0,52	0,51	0,55	0,45	0,46	-8,7%
Bolivia	0,64	0,59	0,57	0,52	0,55	-6,6%
Nicaragua	0,54	0,47	0,48	0,41	0,48	0,8%
<b>Media de países con giro a la izquierda</b>	<b>0,57</b>	<b>0,58</b>	<b>0,56</b>	<b>0,50</b>	<b>0,49</b>	<b>-15,2%</b>
Costa Rica	0,47	0,59	0,44	0,51	0,46	-22,8%
Panamá	0,61	0,59	0,70	—	0,47	-20,2%
República Dominicana	0,60	0,57	0,56	0,57	0,53	-6,7%
Guatemala	0,50	0,51	0,50	—	0,48	-5,4%
Colombia	0,64	0,50	0,48	0,46	0,50	-0,7%
México	0,57	0,49	0,51	0,47	0,50	1,4%
Haití	0,55	0,60	0,66	0,67	0,74	23,8%
<b>Media de países sin giro a la izquierda</b>	<b>0,56</b>	<b>0,55</b>	<b>0,55</b>	<b>0,54</b>	<b>0,53</b>	<b>-4,5%</b>
<b>Media general</b>	<b>0,57</b>	<b>0,57</b>	<b>0,56</b>	<b>0,51</b>	<b>0,50</b>	<b>-11,4%</b>

Índice de estatismo: 0 (mínimo) - 1 (máximo)

Fuente: elaboración propia con datos del Barómetro de las Américas de LAPOP

De todas maneras, al adentrarse en la comparación de magnitudes, algunas de las variables de control parecen impactar más en el estatismo que el respaldo al presidente. Como en los modelos anteriores, el apoyo a la democracia es la más importante, asociada a un incremento de 0,16 en el índice. Pero también son muy relevantes el nivel educativo, con una suba esperada de hasta 0,16 para 18 años de escolarización; la ideología, ya que pasar de la extrema derecha a la extrema izquierda está asociado a un aumento de 0,14; y la situación económica familiar, porque ir de una muy mala a una muy buena implicaría una caída de 0,1 en el estatismo.

Lo que permite concluir este análisis diferenciado por grupos de países es que en ocho de los 12 en los que hubo algún tipo de giro a la izquierda hay un efecto consistente de apoyar a los presidentes identificados con ese proceso político sobre el estatismo, lo que aporta evidencia sólida para sostener la hipótesis inicial. Asimismo, y como se anticipaba en la segunda hipótesis, ese efecto tiene una magnitud muy superior en cuatro de los ocho, precisamente aquellos en los que el giro tuvo mayor grado de radicalización, al punto de superar largamente la magnitud del efecto de todas las otras variables consideradas. En cambio, en los otros cuatro, el impacto fue más moderado, aunque significativo y superior al efecto positivo estándar del apoyo a los presidentes sobre el estatismo cuando se los junta a todos y se prescinde de su orientación ideológica en el análisis.

### **El estatismo en el ocaso del giro a la izquierda**

Si bien esta investigación pone el acento en el impacto de los gobiernos de izquierda sobre el estatismo en la opinión pública latinoamericana, no se hizo precisamente en el apogeo de ese proceso histórico, sino en su fase de declive. Por eso, la tercera hipótesis que se presentó en la introducción era que, de la mano del debilitamiento de la izquierda se había registrado también un debilitamiento del estatismo promedio de los habitantes de la región. Las estadísticas de LAPOP revelan que efectivamente eso es lo que sucedió. Si se

**TABLA 5. Índice de apoyo presidencial medio por país en América Latina (2008-2016)**

País	2008	2010	2012	2014	2016	Diferencia porcentual 2016 vs 2010
Brasil	0,62	0,70	0,66	0,52	0,30	-57,2%
Venezuela	0,53	0,49	0,60	0,34	0,31	-36,0%
El Salvador	0,51	0,67	0,62	0,67	0,48	-28,6%
Uruguay	0,63	0,73	0,63	0,62	0,55	-24,1%
Paraguay	0,31	0,62	0,57	0,56	0,47	-24,1%
Chile	0,55	0,59	0,46	0,62	0,46	-22,0%
Honduras	0,48	0,66	0,45	0,66	0,58	-12,9%
Bolivia	0,55	0,61	0,52	0,63	0,59	-2,5%
Ecuador	0,62	0,61	0,68	0,72	0,63	2,8%
Argentina	0,54	0,42	0,62	0,46	0,44	4,5%
Perú	0,44	0,45	0,56	0,48	0,50	12,7%
Nicaragua	0,43	0,50	0,67	0,67	0,69	37,4%
<b>Media de países con giro a la izquierda</b>	<b>0,52</b>	<b>0,59</b>	<b>0,59</b>	<b>0,58</b>	<b>0,50</b>	<b>-14,8%</b>
Colombia	0,69	0,68	0,62	0,51	0,43	-36,7%
Costa Rica	0,62	0,58	0,49	0,37	0,40	-31,4%
Guatemala	0,56	0,48	0,56	0,54	0,49	2,7%
Haití	0,27	0,28	0,59	0,69	0,55	96,9%
México	0,59	0,54	0,58	0,44	0,31	-42,2%
Panamá	0,48	0,62	0,48	0,62	0,40	-34,9%
República Dominicana	0,63	0,58	0,51	0,74	0,69	19,3%
<b>Media de países sin giro a la izquierda</b>	<b>0,55</b>	<b>0,54</b>	<b>0,55</b>	<b>0,56</b>	<b>0,47</b>	<b>-12,7%</b>
<b>Media general</b>	<b>0,53</b>	<b>0,57</b>	<b>0,57</b>	<b>0,57</b>	<b>0,49</b>	<b>-14,1%</b>

*Índice de apoyo presidencial: 0 (mínimo) - 1 (máximo)*

*Fuente: elaboración propia con datos del Barómetro de las Américas de LAPOP*

toma como media regional de estatismo al promedio de los 19 países para cada año disponible, se ve que entre 2008 y 2016 el índice pasó de 0,57 a 0,50, lo que supone una caída de 11,6%.

De todos modos, si los supuestos de los que se parte aquí son correctos, no habría razón para esperar una merma del estatismo en todos los países, sino solo en aquellos en los que gobernó la izquierda. Cuando se observa exclusivamente a los 12 que formaron parte del giro se verifica un derrumbe más importante, de 0,57 a 0,49, es decir, de 14,4%. Pero el pico de estatismo en esos países no se registró en 2008 sino en 2010 –lo cual es congruente con lo que revisa la literatura en cuanto al apogeo de los gobiernos de izquierda (Murillo et al, 2010)–, de manera que el retroceso fue de 0,58 a 0,49, o sea, de 15,2%. En los siete países en los que no gobernó la izquierda en el período también disminuyó el estatismo promedio, pero ostensiblemente menos: entre 2008 y 2016, 6,8%, y entre 2010 y 2016, 4,5%, lo que supone una diferencia de más de 10 puntos porcentuales en relación a lo registrado en el primer grupo.

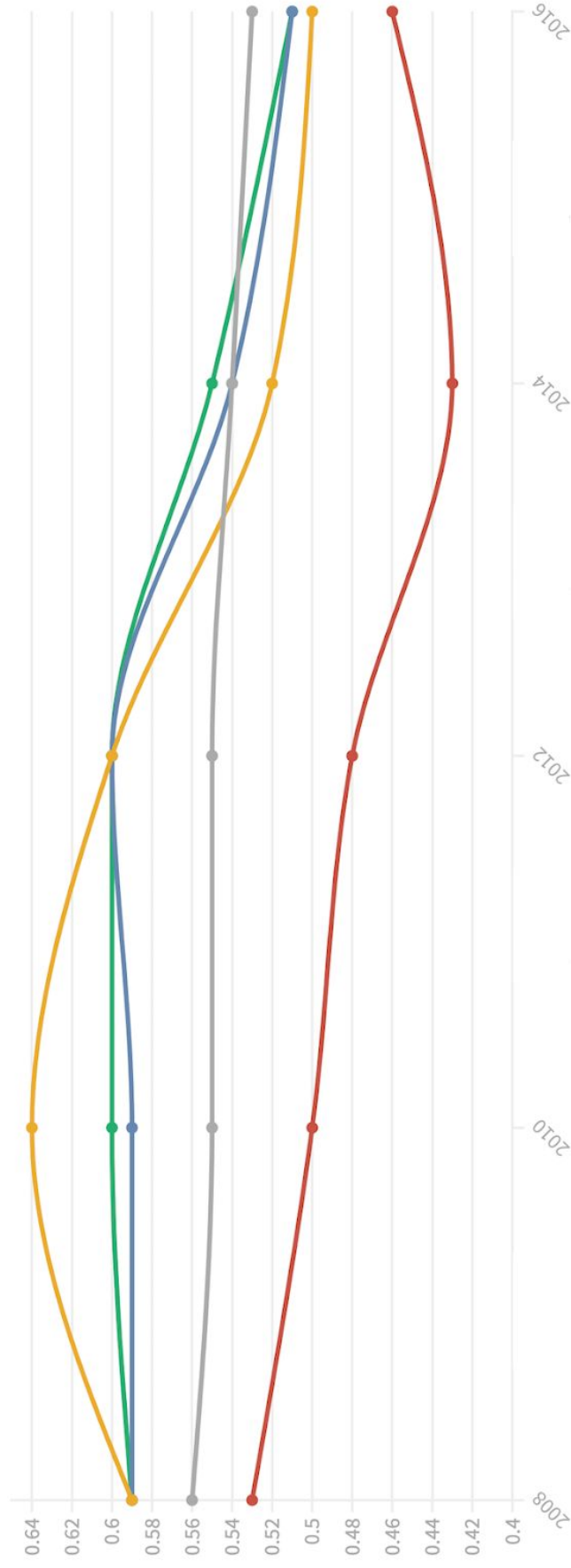
¿Por qué disminuyó el estatismo en este período? Dada la relación entre el apoyo a los presidentes de izquierda y las opiniones estatistas, todo indica que es consecuencia de que muchos empezaron a perder popularidad, lo que se plasmó en derrotas electorales y en el ascenso de partidos opositores, con otras ideas. Efectivamente, las encuestas de LAPOP revelan que entre 2010 y 2016 el índice medio de aprobación presidencial en la región pasó de 0,57 a 0,49, una caída de 14,1%. El retroceso fue imperceptiblemente mayor en los 12 países que tuvieron gobiernos de izquierda: de 0,59 a 0,50, 14,8% menos. Apenas inferior fue en los siete países en los que no hubo izquierda: de 0,54 a 0,47, 12,7% menos.

Si el respaldo a los presidentes cayó de manera generalizada en América Latina, sin mucha distinción entre representantes de uno u otro signo político, fue en gran medida producto del fin del ciclo de expansión económica que había comenzado junto con el nuevo siglo, apalancado por el alza del precio de las *commodities*. Lógicamente, la desaceleración económica, que explica la fuerte caída de imagen de los ejecutivos de casi todos los países, no provocó una caída equivalente del estatismo en todas partes. La razón es que, como ya

**TABLA 6. Índice de estatismo medio por tipo de gobierno en América Latina (2008-2016)**

Tipo de gobierno	2008	2010	2012	2014	2016	Diferencia porcentual 2016 vs 2010
Sin gobiernos de izquierda	0,56	0,55	0,55	0,54	0,53	-4,5%
Izquierda Populista	0,53	0,50	0,48	0,43	0,46	-7,9%
Izquierda Institucionalizada	0,59	0,60	0,60	0,55	0,51	-15,1%
Maquinaria Populista	0,59	0,59	0,60	0,54	0,51	-14,7%
Izquierda Débil	0,59	0,64	0,60	0,52	0,50	-23,0%

■ Izquierda Populista ■ Izquierda Institucionalizada ■ Maquinaria Populista ■ Izquierda Débil ■ Sin gobiernos de izquierda



Índice de estatismo: 0 (mínimo) - 1 (máximo)

Fuente: elaboración propia con datos del Barómetro de las Américas de LAPOP

se argumentó con abundante evidencia, el vínculo entre apoyo presidencial y estatismo se registró fundamentalmente allí donde gobernó alguna forma de izquierda.

En este sentido, es notable que los 12 países en los que gobernó en algún momento la izquierda promediaran en 2010 un índice de estatismo de 0,58, frente a 0,55 del resto, pero seis años más tarde terminaron siendo más estatistas los segundos, que no experimentaron el giro a la izquierda, ya que su índice apenas cayó a 0,53, mientras que el de los primeros pasó a ser 0,49. Lo que estos números pueden estar mostrando es que una parte de esa relación tan fuerte que se ve en algunos países entre el nivel de apoyo a los presidentes de izquierda y el nivel de estatismo no se explica tanto porque los adherentes a esos gobiernos sean muy estatistas como por el hecho de que los detractores se vuelvan especialmente anti-estatistas, lo cual es consistente con un descenso en el promedio de apoyo a la intervención del Estado en la economía. En países que no tuvieron presidentes de izquierda, en cambio, no habría razón para que quienes se oponen a los mandatarios expresen sentimientos contrarios al Estado.

La comparación entre los niveles de estatismo medio en los países con gobiernos que pertenecen a las distintas categorías de izquierda también brinda apoyo a ese supuesto. Porque parece haber una relación inversa entre el grado de radicalización de los gobiernos de izquierda y el nivel de estatismo de la opinión pública, a pesar de que, como se evidenció antes, la relación entre el apoyo al presidente y al Estado empresario sea mayor. En 2010, en la apoteosis del giro a la izquierda, los tres países con gobiernos de izquierda débil promediaban 0,64 de estatismo; los tres con izquierdas institucionalizadas, 0,60; los dos con maquinarias populistas 0,59; y los cuatro con izquierdas populistas, 0,50. Por eso, no sorprende que el derrumbe del estatismo haya sido más marcado en el primer grupo, donde se contrajo un 23%, frente a caídas de 15,1% en el segundo, 14,7% en el tercero y 7,9% en el cuarto. Es decir que, donde mayor fue la radicalización política, se percibe una evolución mucho más estable de esta variable, que se muestra claramente más volátil en donde el paso de la izquierda por el poder fue más anodino.

Estos datos son coherentes con la teoría de la que se partió. Allí donde el lugar del Estado se convirtió en un tema de discusión política central, por la acción de gobiernos que

dividieron las aguas, pasó a ser un elemento constitutivo de las identidades políticas. Por eso, no necesariamente el estatismo promedio fue mayor que en otros países, ya que así como quienes apoyaron decididamente a esos gobiernos desarrollaron posiciones muy estatistas, quienes se opusieron firmemente desarrollaron posiciones muy anti-estatistas, lo que de alguna manera neutralizó el efecto sobre la media general. Por esta misma razón, en esos casos es el apoyo o el rechazo a los presidentes lo que ordena los sentimientos en torno al Estado, mucho más que cualquier otra variable demográfica, socioeconómica o política. Por el contrario, en las naciones en las que la izquierda tuvo escasa capacidad de modelar el debate público y de imponer al rol del Estado como un eje temático, el estatismo promedio pudo haber subido mucho en determinado momento, impulsado por un clima de época y por factores coyunturales, pero solo para caer rápidamente ante un cambio en el contexto general, ya que nunca llegó a ser relevante para la configuración de las identidades políticas.

## **Conclusiones**

La investigación de la que se dio cuenta en estas páginas pretendió identificar los determinantes del estatismo en la opinión pública latinoamericana en un período en particular: el giro a la izquierda, entre su apogeo y su ocaso. El presupuesto del que se partió es que, más allá de los factores históricamente asociados al estatismo en la literatura especializada, la peculiaridad del proceso político que se abrió en la región con el cambio de siglo afectó decididamente la percepción de los latinoamericanos sobre el papel del Estado en la economía.

A partir de ese enfoque novedoso se desarrolló una hipótesis axial y dos hipótesis complementarias. La primera es que el determinante más fuerte del estatismo en la opinión pública de los países de la región en este lapso fue el apoyo a los presidentes identificados con el giro a la izquierda. El supuesto es que estos gobiernos tuvieron una gran capacidad ordenadora sobre el debate público, aglutinando voluntades a favor y en contra, en un



esquema discursivo que encontró un puntal en la reivindicación y en la reconstrucción del Estado, en oposición al discurso que había dominado la escena política en las décadas anteriores, que hacía hincapié en la necesidad de reducir el tamaño y el peso del Estado. Lo que se esperaba, entonces, era que la posición ante estos presidentes estructurara a buena parte de la ciudadanía, de manera que quienes los apoyaran tendieran a manifestar posturas más estatistas y quienes los rechazaran expresamente se inclinaran por visiones anti-estatistas.

Las otras dos hipótesis pretendieron complementar el análisis. Una apuntaba a capturar los matices entre las distintas expresiones del giro a la izquierda, desde las más rupturistas hasta las más moderadas. Así como la postura ante el Estado y el grado de alteración de la escena política fue diferente en los distintos gobiernos de izquierda, se anticipó que también sería diferente el impacto sobre el estatismo, de modo que la magnitud del efecto de respaldar a un gobierno más extremista debía ser mayor a la de apoyar a uno más contemporizador. La tercera hipótesis buscaba tener en cuenta la dimensión más temporal del fenómeno, el hecho de que hacia el final del período considerado el giro a la izquierda había ingresado en una fase de declive que hizo perder elecciones y salir del poder a muchos de sus exponentes. Por eso, planteaba que ese ocaso debía coincidir con una disminución de los niveles de estatismo promedio de la opinión pública latinoamericana.

Los resultados encontrados al cabo de la investigación cuantitativa, presentados a lo largo de la tesis, ofrecieron un respaldo empírico más que satisfactorio a las hipótesis propuestas. El segundo modelo de regresión lineal, que incluyó una interacción entre la variable de apoyo a los presidentes y la variable que identificaba si estos encabezaban gobiernos de izquierda o no, mostró que no solo había una relación estadísticamente significativa entre aprobar la gestión de un mandatario de izquierda y manifestar posiciones estatistas, sino que la magnitud de ese impacto superaba a la de cualquiera de las otras variables incluidas, que recogían muchos de los hallazgos de la literatura sobre el tema.

A su vez, el tercer modelo mostró que, efectivamente, había un impacto diferencial sobre el estatismo de los distintos tipos de gobiernos de izquierda. Mientras que la magnitud del efecto de apoyar a los gobiernos que se definieron aquí como de izquierda

populista triplicaba el efecto de respaldar a los gobiernos que formaron parte de la izquierda institucionalizada, el apoyo a presidentes de lo que se denominó izquierda débil apenas si incidía sobre el estatismo. Estos resultados dieron fuerza a la segunda hipótesis y a la explicación teórica en la que se respaldaba, según la cual los gobiernos que, al mismo tiempo que polarizaron al extremo el debate político, defendieron ideas más radicalizadas sobre el papel a desempeñar por el Estado, estructuraron de manera mucho más decisiva las discusiones sobre el estatismo que aquellos que fueron más modestos en uno y otro sentido. Es verdad que el mismo modelo evidenció las limitaciones de la clasificación propuesta para las diferentes vertientes del giro a la izquierda, especialmente de una de las categorías, la de maquinaria populista, con la que se agrupó los casos de los gobiernos del kirchnerismo en Argentina y del FMLN en El Salvador. Pero también es cierto que en el Modelo 4 se puso de manifiesto que respecto a la presidencia de CFK se pudo encontrar un impacto estadísticamente significativo del apoyo presidencial sobre el estatismo, con una intensidad comparable a la que se veía con la izquierda institucionalizada de Brasil, Chile y Uruguay.

Por último, en la parte final de esta tesis se mostró que, tal como se preveía en la tercera hipótesis, el ocaso del giro a la izquierda coincidió con una merma generalizada del estatismo en la opinión pública latinoamericana. Ese fenómeno se vio solapado con otro, que reforzó empíricamente a las hipótesis anteriores: el declive, también generalizado, del nivel de aprobación de las gestiones presidenciales en la región. No sorprende que la pérdida de popularidad se registrara en casi todos los países en una proporción similar, lo que hace pensar que pudo tener un desencadenante común: muy probablemente, el fin del ciclo expansivo de las *commodities* y la consecuente desaceleración económica que se registró en los últimos años incluidos en la muestra. Tampoco sorprende que la disminución del estatismo promedio haya sido muy superior en los países del giro a la izquierda –donde parte de la ciudadanía empezó a rechazar a gobiernos que consideraba estatistas– que en los países en los que no gobernó la izquierda.

Uno de los principales aportes de esta investigación es que volvió a mostrar hasta qué punto las percepciones de las personas están modeladas por las identidades políticas, y,

sobre todo, que puso de manifiesto el papel decisivo que juegan en ese proceso los gobiernos, a través de su gestión y de la construcción de una agenda y de una marca propias. En este sentido, es especialmente significativo lo que se presentó en la parte final del último apartado: que el nivel de estatismo medio de la población encuestada era menor en los países donde gobernó la izquierda populista, es decir, donde más definitoria era la opinión que se tenía acerca de los presidentes sobre la posición en torno al vínculo del Estado con la economía. Esto es indicativo de que quienes se oponían a esos gobiernos asumieron posiciones muy anti-estatistas, algo que no se verificó en países donde no gobernó la izquierda, y que se encontró mucho más matizado en aquellos en los que gobernaron expresiones más moderadas. Esto permitió poner el acento en algo muy abordado por la ciencia política, la sociología y la filosofía desde siempre, que es que las identidades políticas más fuertes son, muchas veces, negativas y se constituyen en oposición a, antes que en afirmación de.

## Referencias bibliográficas

- Alcántara, Manuel; Buquet, Daniel; y Tagina, María Laura (2018): “Elecciones, ciclos políticos y alternancia en América Latina”, en Alcántara, Manuel; Buquet, Daniel; y Tagina, María Laura (eds.): *Elecciones y partidos en América Latina en el cambio de ciclo*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas
- Arnold, Jason Ross y Samuels, David J. (2011): “Evidence from Public Opinion”, en Levitsky, Steven y Roberts, Kenneth M. (Eds): *The Resurgence of the Latin American Left*, Johns Hopkins University Press
- Baker, Andy y Greene, Kenneth F. (2011): “The Latin American Left's Mandate: Free-Market Policies and Issue Voting in New Democracies”, en *World Politics*, Volume 63, Number 1, January 2011
- Basabe-Serrano, Santiago y Barahona, Coralia (2017): “El fin del giro a la izquierda en Ecuador: rendimientos económicos y declive electoral en los gobiernos de Rafael Correa”, en Torrico, Mario (ed.): *¿Fin del giro a la izquierda en América Latina?: gobiernos y políticas públicas*, México: FLACSO México
- Corral, Margarita (2009a): “¿Debería el Estado ser el dueño de las empresas e industrias más importantes? Opiniones desde las Américas”, en *Perspectivas desde el Barómetro de las Américas*, Número 8, 2 de febrero de 2009
- Corral, Margarita (2009b): “¿Hasta qué punto debería el Estado asegurar el bienestar de los ciudadanos?”, en *Perspectivas desde el Barómetro de las Américas*, Número 16, 25 de mayo de 2009
- Durakiewicz, Pawel (2018): “Reducir la desigualdad en las Américas: ¿qué factores predicen el apoyo público a la redistribución?”, en *Perspectivas desde el Barómetro de las Américas*, Número 132, 8 de mayo de 2018
- Gervasoni, Carlos y Tagina, María Laura (2019): “Explaining Support for the Incumbent in Presidential Elections”, en Lupu, Noam; Oliveros, Virginia y Schiumerini, Luis (eds.): *Campaigns and Voters in Developing Democracies: Argentina in Comparative Perspective*, University of Michigan Press

- Graham, Carol y Sukhtankar, Sandip (2004): “Does Economic Crisis Reduce Support for Markets and Democracy in Latin America? Some Evidence from Surveys of Public Opinion and Well Being”, en *Journal of Latin American Studies*, Número 36, Mayo 2004
- Harbers, I., de Vries, C. E., y Steenbergen, M. R. (2013): “Attitude variability among Latin American publics: how party system structuration affects left/right ideology”, en *Comparative Political Studies*, 46 (8), 947-967
- Inglehart, Ronald (1997): *Modernization and Postmodernization: Cultural, Economic, and Political Change in 43 Societies*. Princeton: Princeton University Press
- Jacoby, William G. (1988): “The impact of Party Identification on Issue Attitudes”, en *American Journal of Political Science*, Vol. 32, No. 3 (Aug., 1988), pp. 643-661.
- Jacoby, William G. (1994): “Public Attitudes toward Government Spending”, en *American Journal of Political Science*, Vol. 38, No. 2 (May, 1994), pp. 336-361.
- Jacoby, William G. (2000): “Issue Framing and Public Opinion on Government Spending”, en *American Journal of Political Science*, Vol. 44, No. 4 (Oct., 2000), pp. 750-767.
- Levitsky, Steven y Roberts, Kenneth M. (2011): “Latin America's ‘Left Turn’: A Framework for Analysis”, en Levitsky, Steven y Roberts, Kenneth M. (Eds): *The Resurgence of the Latin American Left*, Johns Hopkins University Press
- Lodola, Germán y Seligson, Mitchell A. (2011): *Cultura política de la democracia en Argentina, 2010. Consolidación democrática en las Américas en tiempos difíciles*, Vanderbilt: Vanderbilt University –Universidad T. Di Tella
- Lodola, Germán y Seligson, Mitchell A. (2013): *Cultura política de la democracia en Argentina y en las Américas, 2012: Hacia la igualdad de oportunidades*, Vanderbilt: Vanderbilt University –Universidad T. Di Tella
- Luna, Juan Pablo y Rovira Kaltwasser, Cristóbal (2011): “Las derechas gobernantes en América Latina: hacia una caracterización preliminar”, en *LASA Forum*, Volumen XLII, Issue 3

- Miranda, Lucía (2011): “¿Qué piensan los de derechas? Valores y opiniones de los ciudadanos y de las élites en América Latina”, en *Boletín PNUD & Instituto de Iberoamérica*, Número 4, Abril/2011
- Mora y Araujo, Manuel (2011): *La Argentina bipolar*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Murillo, María Victoria; Oliveros, Virginia; y Vaishnav, Milan (2010): “Electoral Revolution or Democratic Alternation?”, en *Latin American Research Review*, Vol. 45, No. 3
- Naylor, Elizabeth (2018): “¿Quiénes apoyan la propiedad pública de las industrias en las Américas?”, en *Perspectivas desde el Barómetro de las Américas*, Número 135, 9 de octubre de 2018
- Queirolo, Rosario (2008): “Interpretando el voto a la izquierda en América Latina: ¿riesgo u oportunidad?”, en Seligson, Mitchell A. (ed.): *Desafíos para la democracia en Latinoamérica y el Caribe: Evidencia desde el Barómetro de las Américas 2006-07*, Vanderbilt University
- Saiegh, Sebastián M. (2014): “Partisanship, ideology, and representation in Latin America”, en *IDB Working Paper Series*, 533
- Seligson, Mitchell A. (2008): “El rol del Estado como creador de empleo”, en *Perspectivas desde el Barómetro de las Américas*, Número 1, 22 de octubre de 2008
- Sojo, Carlos (2011): *El estado bajo escrutinio. Opinión pública, estatalidad y desempeño gubernamental en América Latina*. Santiago: Naciones Unidas
- Torcal, Mariano y Mainwaring, Scott (2003): "The Political Recrafting of Social Bases of Party Competition: Chile, 1973-95", en *British Journal of Political Science*, 33
- Weyland, Kurt (2009): “The Rise of Latin America's Two Lefts: Insights from Rentier State Theory”, en *Comparative Politics*, Vol. 41, No. 2 (January 2009)
- Wiesehomeier, Nina, y Doyle, David (2012): “Attitudes, Ideological Associations and the Left–Right Divide in Latin America”, en *Journal of Politics in Latin America*, 4, 1, 3-33

- Zechmeister, Elizabeth y Corral, Margarita (2010): “El variado significado de ‘izquierda’ y ‘derecha’ en América Latina”, en *Perspectivas desde el Barómetro de las Américas*, Número 38, 3 de mayo de 2010